

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

# El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

**Punto de suscripción y venta.**  
Toledo: D. Eneas Galán, Comercio, 62  
Madrid: Kiosco de El Debate, frente a  
las Calatravas.  
Anuncios económicos.

**Preco de suscripción.**  
Un año..... 5,00 pesetas  
Número suelto..... 0,06  
**Pago adelantado.**

**Yo soy.**

Al referir San Juan la prisión de Nuestro Señor en el huerto de Getsemani, consigna un hecho notabilísimo que omiten los otros tres sagrados evangelistas.

Este hecho, digno de ser meditado en toda ocasión y tiempo, reviste singular importancia ahora que los enemigos de Jesús arrecian en sus ataques, haciendo un supremo esfuerzo para acabar de una vez para siempre con su obra santa y redentora.

Para animarnos á la lucha; para no desfallecer en la pelea, y para que, en los terribles días de prueba, que ya no pueden evitarse, la esperanza de la victoria nos vigorice, vamos á referirlo en dos palabras, seguros de que, por poco que se consideren, bastarán estas dos palabras para que se desvanezcan los temores y nos aliente el espíritu de la fortaleza en el combate que se avecina.

Ya en el famoso Huerto, Jesús, Nuestro Redentor adorable, se apartó un poco de sus discípulos, como un tiro de piedra, según San Lucas, y puesto de rodillas, oró á su Eterno Padre para que, á ser posible, le libertase de la pasión y muerte, cáliz amarguísimo que se le preparaba; pero á reserva de que, ahora como siempre, se cumpliese su voluntad soberana; rogándole que no tuviese en cuenta su repugnancia á beberlo; que no fuese escuchado aquel grito de su flaqueza; aquella expresión de dolor; rebeldía de la humana naturaleza, no absorbida ni debilitada por la naturaleza divina; protesta, en último término, de su derecho á la inmortalidad, porque nada había en Él de común con los pecadores, condenados con justicia á la muerte.

Su oración fué oída: el Padre le envía un ángel para fortalecerle, y cuando postrado en tierra, confundida su frente con el polvo, sus ojos humedecidos por el llanto, oprimido por el dolor el pecho, inundado su cuerpo de sudor copiosísimo, mezclado, por la intensidad de aquella tormentosa agonía, de gotas sanguinolentas; cuando herido por la luz de aquella aparición angélica, alzó su divina cabeza y vió el cáliz que le presentaba, entendiendo cuál era la voluntad del Eterno, tornó sereno á sus discípulos, diciéndoles: «Dormid ya y reposad; ved aquí llegada la hora.»

Efectivamente; el mal Apóstol, llevado del criminal designio de venderle, al frente de una cohorte, de los alguaciles de los Pontífices y de una gran multitud de gente armada, se presentó en el famoso Huerto en que Jesús debía encontrarse, á donde según costumbre, como dice el Evangelio, acudía á orar por la noche, y donde, por evitarle molestias é inquietudes, no quiso faltar en la ocasión presente.

Sólo que el hombre poco há sin aliento, por la influencia de una profunda tristeza; agonizante, por la fuerza de un dolor sobrehumano; abatido, por el enorme peso de una congaja que le confundió con el polvo de la tierra; el hombre tímido, se ha transformado en hombre sereno, en el Salvador satisfecho de una agonía que redimirá al mundo, y majestuoso é intrépido, como modelo y cabeza de los mártires, se adelantó á recibirlos. ¿Qué misteriosa es esta repentina transformación de Nuestro Señor Jesucristo!

Vienen sus perseguidores á apoderarse de su persona: El los conoce y sabe la conspiración que han fraguado para quitarle la vida; no se le ocurre ninguno de los múltiples tormentos

que le tienen preparados, y en vez de esconderse en la espesura del espacioso Huerto, lejos de huir, aprovechando la sombra de la noche, con semblante bondadoso, serena la frente, rebosando dulzura, les sale al encuentro con la confianza de un amigo que aguarda á sus amigos.

Pero esta misma serenidad desconcierta al culpable, y quita á las turbas que le acompañaban la cruel satisfacción con que esperaban deleitarse, aterrándole con la repentina llegada de tantos hombres armados. Sucedió todo

majestad y omnipotencia; porque al decir yo soy, el eco de estas dos palabras les hace huir y les hiere, como si fueran rayo del cielo. Yo soy, dijo, y de repente toda aquella multitud de gente armada, y aquellos aguerridos militares, helados de espanto, como montón de secas hojas arrebatadas por el viento, cayeron unos sobre otros derribados en tierra (1).

Al genio de San Agustín no podía ocultarse la transcendencia de este hecho y pregunta: «Pero, ¿á qué ha quedado reducido todo ese formidable

herido repentina y completamente sano. No obstante, aquellas manos fueron inmediatamente ligadas; ¿por qué no rompió las ligaduras el Sansón Divino? Judas se le acercó y consiguió besarle, y en vez de rechazarle y afear su ingratitude, y declarar su proceder traidor y cobarde, le llama amigo; y las turbas pudieron aprisionarle y como á un facineroso maltratarle, y no les recuerda los esfermos curados, los libertados por Él de la posesión del demonio, los convites milagrosos del que fueron obsequiados en los dilata-

Y éste es Jesucristo; el Verbo de Dios revestido de humana carne; y cuando esta pobre carne no está misteriosamente influida por el Verbo de Dios, ó aparece prohibida esta influencia, por inefable disposición divina, ante la perspectiva del dolor representado en el cáliz que le ofrece el ángel enviado por su padre, se abate este divino influjo, ¡ah!, entonces el eco de aquella palabra dulcísima abre los corazones al amor; enciende en las inteligencias la llama de la fe; y arrastra á la persuasión las volutades; mas cuando, como en el huerto de las Olivas, habla con imperio, caen los soldados derribados en tierra, como antes cayeron los Israelitas al pie del monte Sinaí al sentir en sus orejas el trueno retumbante que llevaba en sus ecos las leyes del Decálogo.

Y más aún; ante la previsión de que su muerte afrentosa y segura, alcanzase también, contra sus designios, á todos los apóstoles; aprisionado por las turbas enloquecidas, sujeto á su fuerza incontrastable y, al parecer, irremediamente perdido, vuélvese á ellas con imperio y les dice: «Dejad en libertad á todos los mios.» Y como el que mandaba era el Hijo de Dios vivo, los apóstoles quedaron en libertad, en cumplimiento del divino mandato. No era ese el propósito de aquellos fariseos exaltados; pero á la fuerza tuvieron que cumplirlo. Hasta que llegó la hora señalada por el Padre; hasta que divulgaron la nueva doctrina; hasta que dejaron terminado su apostólico ministerio, los suyos, sus discípulos, pasaron por todos los peli-gros y devoraron tristezas continuas; pero aunque aprisionados, como San Pedro por Herodes Agripa, no lograron quitarles la vida contra los designios de la Providencia; menos ahogar su palabra preñada de esperanzas, ni borrar la doctrina que fué extendiéndose como creciente oleaje; ni mucho menos apagar las creencias que, como teas resinosas, encendieron en la oscura inmensidad del espíritu.

Por eso, cuando se recuerdan estos acontecimientos que renuevan en las interioridades del alma la idea luminosa de la doble naturaleza de nuestro Redentor adorable, no podemos menos de lamentar la espiritual ceguera de los perseguidores del Catolicismo, y animarnos con la repetida experiencia de sus continuos triunfos. Colocado su Fundador en la cima de la humanidad y en la plenitud de la Historia, ha visto rodar por el suelo, reducidos á polvo, sus enemigos más poderosos, y perderse en el espacio, en ecos cada vez más débiles y apagados, el ruido de sus armas; ha visto desvanecerse como ligera nube de humo impulsada por el viento los sofismas de la falsa ciencia, y la esterilidad de sus esfuerzos para derribar los altares que le ha levantado la fe de los siglos; ha visto y también vemos nosotros cómo se extiende y arraiga y crece la semilla bendita de la verdad y el bien que dejó depositado en la humana conciencia.

Judas, Caifás, Herodes, Pilatos, políticos sagaces, tercos judíos, apóstatas empedernidos, filósofos engreídos en vanas especulaciones, ¡vahl! lista de nombres, parece recogidos para poner de manifiesto la impotencia de la nada frente al Creador del mundo; fábula reveladora de estánicos deseos, que nada pueden contra la columna de la verdad, sostenida por una mano omnipotente.

Si á nosotros alguna vez se nos figura que esa mano omnipotente de Jesucristo la abandona, y que de la memoria de la humanidad va á borrarse su santo nombre, y á extinguirse en



lo contrario: Jesús se presentó á ellos, y con acento dulce, aunque no exento de cierta majestad y firmeza, les pregunta: ¿á quién buscáis?

Tantas luces no le descubren; no le ven tantos ojos; tantas personas que habían presenciado sus milagros; que habían escuchado sus predicaciones, no le reconocen; el mismo Judas á un paso de distancia de su Maestro; que había dado á los soldados esta consigna: «aquel á quien yo besare, es el hombre á quien buscamos, prendedle.» Pues Judas, llegado el momento, no le conoce, y á la pregunta del Salvador, responde que buscan á Jesús Nazareno. ¿Qué pasaría en aquel instante por la divina persona del Redentor para justificar este desconocimiento?

Algo extraordinario; y su palabra debió también resonar con timbre de

poder de tantas gentes armadas y llenas de furor contra Jesucristo? Preciso es confesar que es portentoso este suceso; que es maravilloso y sorprendente ver una cohorte, quinientos soldados y quizá igual número de empleados y curiosos derribados en tierra al influjo de una palabra pronunciada por un hombre momentos antes anegado en sudor de sangre, presa de amarga tristeza, de tormentosa agonía.

Y aconteció, también, que un discípulo del Salvador intentó resistir á las turbas y al golpe de su espada cortó una oreja á uno de aquellos desventurados, y desaprobando esta acción, la restituyó Jesús á su lugar quedando el

dos desiertos, sino que sufre silencioso y humilde como cordero llevado al sacrificio.

Preciso es no dar al olvido, para explicar éstos, al parecer, acontecimientos contradictorios, que Jesucristo, el Redentor del mundo, tenía dos naturalezas. No; no hay redentor, no puede haberlo sin esta condición necesaria, y por eso no ha habido ni habrá más Redentor que Jesucristo. Hacía falta que fuera hombre, que tuviera la humana naturaleza, para que en ella padeciese y muriese, y por ser hombre pudimos ser libertados y redimidos. Pero hacía falta también que sobre la visible forma de siervo tuviera la invisible de Hijo de Dios, para que realzara el mérito de su pasión y muerte, y borrara la mancha del pecado y nos sacase de las garras del demonio.

(1) Ut ergo dixit eis: Ego sum, abierunt retrorsum et ceciderunt in terram. S. Juan C. XVIII, v. 6.